La última oveja del hermano

Shyvirelle · Narración original

Clara encontró a su hermano en el corral pequeño, sin hacer nada que pudiera llamarse trabajo. Tenía las manos metidas en los bolsillos y miraba a una oveja vieja que apoyaba el hocico contra la puerta. El resto del rebaño ya estaba en el prado, al cuidado de Damián, el vecino que se había ofrecido a hacerse cargo desde el lunes.

Era viernes. Habían pasado tres meses desde que Tomás dijo que no podía seguir levantándose antes de que clareara. Primero había hablado de las rodillas, luego del cansancio y, por último, de algo más difícil de explicar: llevaba tantos años organizando sus días alrededor de los animales que ya no sabía cómo quedarse quieto. Clara había tomado la decisión en serio. Revisó cuentas, acordó un salario con Damián y consiguió que su hermano aceptara el relevo.

El sábado entregarían las últimas anotaciones del rebaño. El lunes, Tomás empezaría en el taller de reparación de bicicletas del pueblo, cuatro tardes por semana. La mañana quedaría libre por primera vez desde que ambos eran adolescentes.

—Bruma se viene conmigo —dijo Tomás, sin volverse.

Clara creyó haber oído mal.

—¿A tu casa?

—Al patio. Hay sombra. Puedo prepararle un rincón.

La oveja levantó la cabeza al reconocer la voz de su dueño. Tenía manchas grises junto a las orejas y una manera lenta de pisar, como si cada paso mereciera una consulta previa.

—Entonces no estás dejando el rebaño —respondió Clara—. Solo estás llevándote un pedazo a casa.

Tomás cerró los ojos. No parecía enfadado, sino agotado de que le tradujeran una decisión en otra.

—No quiero quedarme con veinte. Quiero quedarme con una.

Clara miró el libro donde había apuntado cada entrega, cada gasto y cada fecha de la transición. Había sumado incluso la pintura del portón nuevo. No existía una casilla para «la oveja que sigue a mi hermano».

—Hoy es una. Mañana vienes por su comida, pasado mañana por si se ha quedado quieta, y después descubres que Damián no hace las cosas como tú. En un mes estarás otra vez aquí desde las seis.

—No sabes lo que haré en un mes.

—Sé lo que has hecho durante treinta años.

El comentario quedó entre los dos, más duro de lo previsto. Tomás abrió la puerta del corral. Bruma avanzó hasta su rodilla y se detuvo. Él silbó, dos notas breves separadas por un descanso. La oveja cambió de dirección y lo siguió hasta el bebedero.

Clara había oído aquella señal miles de veces desde la cocina, desde el camino y desde la ventana de su cuarto cuando todavía vivían en la casa familiar. Nunca había reparado en que era siempre la misma.

—¿Por qué no hace eso cuando la llama Damián? —preguntó.

—Porque él no la llama así.

—Podrías enseñárselo.

Tomás se encogió de hombros.

—Le enseñé todo lo demás.

A la mañana siguiente llegaron con Damián para revisar las puertas. La oveja se negó a seguirlo cuando abrió el paso hacia el prado. No hubo escándalo: Bruma se limitó a permanecer junto al poste, mirando el lugar donde Tomás había dejado su chaqueta. Damián esperó con calma, probó a llamarla por su nombre y terminó llevándose al resto. No tenía sentido retrasar a veinte animales por uno.

—¿Ves? —dijo Tomás, agarrando la chaqueta—. Me necesita.

Clara no discutió. La frase podía ser cierta y, sin embargo, no resolver nada.

En la cocina, mientras Damián recorría el cercado exterior, abrió una página nueva del cuaderno. Escribió «Bruma» y debajo dejó un espacio en blanco. Le preguntó a su hermano qué necesitaba la oveja que no pudiera quedar al cuidado de otra persona. Tomás enumeró la comida, un sitio tranquilo, alguien que comprobara que estaba bien. Clara fue tachando mentalmente cada respuesta: Damián ya se ocupaba de eso. Entonces Tomás calló.

—La conozco —dijo al fin.

—Eso no lo puede sustituir un cuaderno.

Él la miró, sorprendido de encontrar por primera vez una respuesta que no lo contrariaba.

—Pero quizá puedas enseñarme lo que haces cuando te busca —añadió ella.

Salieron sin convertir la propuesta en ceremonia. Bruma estaba debajo del alero, quieta frente a la puerta. Tomás repitió sus dos notas. La oveja levantó la cara. Clara probó después. El sonido le salió demasiado largo, casi una pregunta. Bruma siguió mirando a Tomás.

—No es cuestión de soplar más fuerte —dijo él—. Escucha el espacio entre las dos.

Lo repitió y Clara lo escuchó. Había un pequeño silencio que antes le había pasado inadvertido. Lo intentó de nuevo, sin resultado. Un rato más tarde la oveja dio dos pasos hacia ella, pero se detuvo a mitad de camino.

—Ha venido —dijo Clara.

—Ha pensado en venir —corrigió Tomás, y ambos se rieron.

Practicaron unos minutos y lo dejaron. Al día siguiente, Clara pasó por el corral cuando su hermano estaba ocupado firmando los papeles del taller. Bruma la vio acercarse, pero no se movió. Clara silbó como recordaba. Dos notas y el breve hueco entre ambas. La oveja caminó despacio hacia la puerta. Clara tuvo ganas de llamar a Tomás para mostrárselo; no lo hizo. Se quedó allí, con la satisfacción pequeña y suficiente de haber sido reconocida.

El lunes por la mañana, Tomás apareció en el portón con una bolsa de herramientas que no había conseguido dejar en casa. Se ofreció a comprobar una bisagra. Clara le mostró que Damián ya la había revisado y luego, antes de que él inventara otra ocupación, abrió el corral pequeño.

Bruma permaneció junto a la pared. Clara se colocó donde la oveja pudiera verla e hizo la señal. El animal avanzó hasta ella. Tomás no dijo nada. Se apoyó en el poste y siguió con la mirada el trayecto tranquilo que terminaba junto a las botas de su hermana.

—Pensé que le costaría más —admitió él.

—A mí también.

Tomás recogió la bolsa. Por primera vez no pareció buscar qué quedaba pendiente.

—¿Te molesta si me quedo un rato? —preguntó—. No para trabajar. Solo quisiera verla hacerlo una vez más.

Clara asintió. Pasaron un rato sentados junto a la cerca mientras Damián terminaba su recorrido. Tomás le contó cuándo había nacido Bruma, cómo se había acostumbrado a quedarse atrás y por qué él empezó a silbar siempre igual. Clara escuchó sin tomar notas.

A la hora de ir al taller, Tomás se marchó con su bolsa y sin la oveja. Bruma permaneció en el corral, tranquila. La semana siguiente, Tomás volvió el jueves, pero no se acercó a las puertas ni preguntó por los animales.

Clara había puesto dos platos sobre la mesa de la cocina.

—He venido a comer —dijo él, casi como una disculpa.

—Ya lo sé. La comida está dentro.

Entró sin mirar hacia los corrales. Clara cerró la puerta detrás de ambos y, por una vez, no hizo falta que nadie silbara para que el otro se quedase.